# Friedrich Nietzsche

# La mujer griega

@10enFilosofía

## LA MUJER GRIEGA

**(Fragmento inédito, año 1871)**

Así como Platón nos hizo patente la finalidad del Estado

despojándola de todos sus velos y nubes, comprendió también con la

misma visión profunda la situación de la *mujer helénica* respecto del

Estado; en ambos casas consideró todo lo que alrededor de él se movía

como copia de las ideas eternas a cuya comprensión había llegado y

ante las cuales la realidad sólo era para él una imagen oscurecida, un

espejo empañado. Quien, siguiendo la preocupación general, considera

la posición de la mujer en Grecia como poco digna y contraria a las leyes

de la humanidad, habrá de reprochar a Platón este mismo concepto;

pues no hace sino justificar lógicamente lo que ya existía en la práctica.

Por consiguiente, aquí hemos de repetir nuestra pregunta: la condición

de la mujer griega ¿no guardaba una relación *necesaria* can el ideal del

pueblo griego?

Porque, en efecto, hay una fase en la concepción platónica de la

mujer que está en abierta oposición con las costumbres helénicas.

Platón concede a la mujer una completa participación en los derechos,

en los conocimientos y deberes de los hombres, y considera a la mujer

como un sexo menos fuerte que no puede ir tan lejos como el hombre,

pero sin que esta debilidad la pueda privar de tales derechos. A esta

extraña concepción no damos nosotros más valor que a la expulsión del

artista del Estado ideal; son ligeras correcciones, pequeñas derivaciones

de aquella mano, por otro lado, tan firme, y de aquella mirada tan

serena, que se turban al recuerdo del venerado maestro; en tal estado

de ánimo acentúa las paradojas de aquél y se complace, en homenaje a

su afecto, en exagerar su doctrina hasta la temeridad.

Pero lo más incitante que Platón, como griego, pudo decir sobre la

mujer fue la escandalosa afirmación de que en el Estado perfecto *la*

*familia debe desaparecer,* Prescindamos ahora de que para que esta

medida se llevara a cabo pidió la supresión del matrimonio,

sustituyéndolo por la unión, acordada por el Estado y con fines

propiamente estatales, de los hombres más valientes con las más nobles

mujeres, para la obtención de una hermosa prole. Pero al decir esto no

hacía sino expresar de la manera más evidente, sí, demasiado evidente,

con una evidencia ofensiva, una regla de conducta adoptada por el

pueblo heleno para la génesis del genio. En las costumbres mismas del

pueblo griego el derecho de la familia al hombre y al niño estaba

extraordinariamente limitado: el hombre vivía en el Estado, el niño

crecía para el Estado y de la mano del Estado. La voluntad griega cuidó

de que las necesidades del culto se practicaran en un estrecho círculo. El

individuo lo recibía todo del Estado, para luego devolvérselo. La mujer

significaba, según esto, para el Estado lo que el sueño para el hombre.

El sueño tiene la virtud saludable de reconstituir el desgaste producido

por la vigilia, es la quietud bienhechora en que termina todo exceso, la

eterna compensación que viene a regular toda demasía. En él sueña la

generación futura. La mujer está más estrechamente emparentada que

el hombre con la naturaleza, y permanece igual a ella en todo lo

esencial. La cultura es para ella siempre algo exterior que no toca nunca

al germen eternamente fiel de la naturaleza, por lo que la cultura de la

mujer era para el ateniense algo indiferente, cuando no algo ridículo. El

que considere esta concepción de los griegos respecto de la mujer como

algo indigno y cruel no debe tomar como punto de comparación a

nuestras *ilustradas* mujeres modernas, pues contra ellas bastaría

recordar a las mujeres olímpicas, o a Penélope, Antígona o Electra.

Ciertamente que éstas son figuras ideales, ¿pero quién podría hallar en

el mundo moderno tales ideales? Hay que tener también en cuenta *¡qué*

*hijos* dieron a luz estas mujeres y qué mujeres debieron haber sido ellas

para dar a luz tales hijos! La mujer griega, como *madre,* debía vivir en

la oscuridad, porque las necesidades políticas juntamente con los más

altos fines del Estado así lo exigían. *Debía* vegetar como una planta, en

un circulo reducido, como símbolo de la sabiduría epicúrea1. En los

tiempos modernos, y como consecuencia de la pérdida total del instituto

del Estado, la mujer debía ser requerida de nuevo como auxiliar. Su

obra es la familia como expediente para el Estado, y en este sentido

también el fin *artístico* del Estado había de rebajarse al de un arte

*doméstico.* De aquí también que nuestras artes hayan concebido la

pasión amorosa como el único campo completamente accesible a la

mujer. Y por esto mismo considera la educación doméstica como la

única natural, y la del Estado como un ataque a sus derechos, que

soporta a regañadientes; y todo esto con razón tratándose del Estado

moderno. La esencia de la mujer sigue siendo la misma, pero su *poder*

es diferente según la posición del Estado con respecto a ella. Tiene

ciertamente el don de compensar en cierto modo las lagunas del Estado,

siempre fiel a su condición, que he comparado con el sueño. En la

antigüedad helénica aceptaron la posición que les indicaba la suprema

voluntad del Estado, y, sin embargo, gozaron de una soberanía de que

no han vuelto a gozar. Las diosas de la mitología griega son su imagen

reflejada: la Pitonisa y la Sibila, así como la socrática Diotima, son

sacerdotisas por cuya boca habla la sabiduría divina. Ahora se

comprende que la altiva resignación de las espartanas ante la noticia del

hijo muerto en la guerra no es ninguna fábula. La mujer se sentía en su

puesto con relación al Estado; por eso mostraba una *dignidad* que no ha

vuelto a sentir. Platón, que al suprimir la familia y el matrimonio

1 Vive retirado

acentuaba aun más aquella posición de la mujer, siente tanto *respeto*

ante ellas, que se vio seducido de extraño modo a devolverles el rango

que les correspondía por una ulterior declaración de la igualdad de

posición con respecto al hombre. ¡El más alto triunfo de la mujer

antigua, haber seducido a los sabios!

Mientras el Estado permanece aún en un período embrionario,

prepondera la mujer como *madre* y determina el grado y la índole de la

cultura, de igual manera que está destinada a completar el Estado

destruido. Lo que Tácito dice de las mujeres alemanas: *inesse quin*

*etiam sanctum aliquid et providum putant nec aut consilia earum*

*aspernantur aut responsa neglegunt,* se puede aplicar en general a

todos los pueblos que no han llegado a constituir Estado. En tales

estados se siente más ahincadamente lo que se vuelve a sentir en todas

las épocas: el instinto invencible de la mujer como protectora de las

futuras generaciones, porque en ellas la naturaleza nos habla de sus

cuidados para la conservación de la especie. La intensidad de esta

fuerza intuitiva estará determinada por la mayor o menor consolidación

del Estado: en los momentos de desorganización y de arbitrariedad, en

que el capricho o la pasión del hombre individual arrastra a tribus

enteras, la mujer se levanta repentinamente como profetisa admonitora.

Pero también en Grecia hubo siempre el temor de que el instinto político

terriblemente exacerbado pulverizara los pequeños Estados antes de

que éstos hubieran conseguido sus fines. En este caso la voluntad

helénica forjaba siempre nuevos instrumentos para predicar la llaneza,

la cordura, la moderación; pero sobre todo la Pitia fue la que encarnó

como ninguna aquel poder de la mujer para equilibrar el Estado. Del

hecho de que Grecia, a pesar de estar tan disgregada en pequeñas

estirpes y comunidades estatales, era en el fondo una, y en su

desdoblamiento no hacía sino resolver sus propios problemas, es la

mejor prenda aquel maravilloso fenómeno de la Pitonisa y el oráculo de

Delfos; pues siempre, mientras el genio griego elaboró sus obras de

arte, habló por una boca y como *una* Pitonisa. Y aquí no podemos callar

nuestro presentimiento de que la individuación es para la Voluntad una

gran necesidad, y que ésta, para realizar cada individuo, necesita una

escala infinita de individuos. Es verdad que sentimos el vértigo ante la

conjetura de si la Voluntad, para convertirse en *arte,* se ha vaciado en

estos mundos, estrellas, cuerpos y átomos; pero en todo caso debemos

ver claramente que el arte es necesario, no para los individuos, sino

para la Voluntad misma, sublime perspectiva sobre la cual ya nos será

permitido en otra ocasión arrojar una mirada desde otro punto de vista.